

ABRAHAM CAMINÓ A FINISTERRE

Sal Terrae 94 (2006) 445-455.

Enrique Sanz Giménez-Rico, SJ
Director de *Sal Terrae*.

Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid)
esanz@teo.upcomillas.es

Hace prácticamente trece meses alcancé la bonita edad de 40 años. Una edad temida por muchos; también, recordada, deseada y esperada por numerosas personas, que, más o menos a la mitad de su vida, ansían celebrar gozosamente el pasado recorrido y festejar anticipadamente el futuro desconocido.

Creo poder decir que formo parte del último grupo mencionado. Por eso, pensé hace más de un año que pedir un año sabático sería un buen modo de celebrar mi 40 cumpleaños, ya que durante ese tiempo podría cumplir alguno de los sueños que aun me quedan por realizar.

Uno de ellos es precisamente andar el Camino de Santiago. Sin embargo, a pesar de los propósitos y las buenas ideas anteriores, mi vida ha transcurrido por otros derroteros y hasta ahora no he tenido la oportunidad de realizar el ansiado sueño. Eso sí, espero poder realizarlo antes de llegar a los 50, y coronar así otra *edad mágica*, habiendo conocido como caminante, entre otras, las bellas regiones de Navarra, Castilla, Galicia. Hasta que llegue ese momento, sigo con sumo interés cualquier descubrimiento y noticia sobre el citado Camino. En particular, las que se refieren a los caminantes: tantas personas que, año tras año, en cualquiera de las cuatro estaciones climatológicas de nuestro país, caminan de modos distintos en dirección a Compostela.

Los artículos de este monográfico de *Sal Terrae* centran sobre todo su interés en los citados aventureros. En el que ahora se inicia, adquiere un destacado protagonismo un conocido caminante de la literatura bíblica: el patriarca Abraham. Si hay algo que caracterizó su vida, fue precisamente el hecho de ser caminante. ¿Cómo lo fue? ¿Qué significó ello en su existencia? Éstas son dos de las principales preguntas que están en el origen de nuestras líneas, y que tienen como principal interés el buscar inspiración y ayuda en un personaje que tiene tanto en común con esos miles de peregrinos que caminan en dirección a Compostela.

Vamos a fijarnos, en primer lugar, en alguna de las características del modo como Abraham recorrió su camino. Posteriormente, en un segundo apartado, en un aspecto central de la vida del patriarca: peregrinar confiando en Dios. Quizás la figura del patriarca pueda contribuir en algún momento a orientar e inspirar a esos caminantes que, año tras año, se dirigen a Compostela.

El camino de Abraham: novedad, aventura, plenitud, bendición

Téraj tomó a Abraham, su hijo, a su nieto Lot y a Saray, su nuera, y los sacó de Ur de los caldeos para dirigirse a la tierra de Canaán (Gn 11,31).

He aquí la primera mención del relato del Génesis de una peregrinación de Abraham. Cuenta que su padre, Téraj, descendiente de Sem, hijo de Noé, decidió emprender un camino en dirección a Canaán. Por desgracia, él no pudo realizarlo en su totalidad, pues terminó sus días en una parada del mismo (Jarán). Sin embargo, fue su hijo Abraham el que, tras escuchar una orden de Yahveh, tomó a Sara, a Lot y toda la hacienda reunida

en Jarán y llegó al país cananeo (Gn 12,5). El primer rasgo que caracteriza, pues, el viaje de Abraham aparece expresado por el binomio novedad-continuidad. El patriarca de Israel emprende un camino que ya alguien antes que él (su padre) había iniciado; no es, pues, el primero que lo recorre.

Ahora bien, al mismo tiempo, “Abraham no se queda en el lugar al que llegó su padre, sino que prosigue el viaje ininterrumpido, y lo dirige a lo desconocido, desenraizándose así de su presente”¹. Abraham, por tanto, recorre también su propio camino, un camino nuevo, único, particular.

Se trata entonces de un rasgo que presenta elementos comunes con el del que realiza el peregrino que se dirige a Compostela. Al fin y al cabo, éste recibe una antigua tradición, con muchos siglos de vida, y la conduce hacia adelante de una manera nueva, pues la peregrinación que realiza cada persona es única e irrepetible, y, por tanto, novedosa respecto a cualquier otra que se haya llevado a cabo en alguna otra ocasión.

Lo señalado hasta ahora abre paso a una ulterior reflexión. Es indudable que el Camino de Santiago es esencialmente una gran aventura humana. Es indudable también que la vida que recorrió Abraham, tal y como la narran numerosos capítulos del Génesis, fue igualmente una gran aventura. Ésta presenta dos aspectos característicos:

- Por una parte, Abraham es una persona en movimiento continuo, en camino permanente. Basta con seguir el recorrido de Gn 11-13; 22-24 y comprobar el paso del patriarca por Mesopotamia, Egipto, la tierra de los filisteos y Canaán.
- Por otra, se trata de una aventura que conjuga la ruptura con el pasado y la apertura hacia lo desconocido, hacia lo que no se domina ni programa. No sólo porque no se conocen las etapas que están por venir, sino porque, en general, la situación vital del patriarca (ancianidad) no es la más adecuada para vivir sin pasado ni futuro.

Esta última particularidad puede percibirse, entre otros, en dos pasajes que presentan numerosas similitudes, Gn 12,1-4 y Gn 22,1-19².

En el primero de ellos se encuentra la conocida orden de Dios a Abraham: *vete de tu país, de tu patria y de tu casa paterna, al país que yo te mostraré*; está acompañada de una promesa de bendición, con dos importantes expresiones: una tierra y un pueblo. A Abraham se le pide que rompa con su tierra, su patria y su casa paterna, y se abra a la promesa de *una tierra que Dios le mostrará* (Gn 12,1). Como señala André Wénin, “el patriarca debe pasar del «tener» al «lo que se va a ver», a vivir una vida sin posesión”³.

También Gn 22,1-19 está caracterizado por una orden de Elohim a Abraham: *toma a tu hijo, tu unigénito, que tanto amas, a Isaac, y vete al país de Moria y ofrécele allí en holocausto sobre una de las montañas que yo te indicaré*. En este caso “la orden de ir a sacrificar al hijo implica un desarraigo y una ruptura análogos al movimiento emigratorio de Gn 12,1-3”⁴. E incluye una referencia a un futuro, que el protagonista del

¹ A. WENIN, *Abraham: élection et salut. Réflexions exégétiques et théologiques sur Genèse 12 dans son contexte narratif*: RTL 27 (1996) 3-24, esp.10.

² Remitimos a J.L. SKA, *L'appel d'Abraham et l'acte de naissance d'Israël. Genèse 12,1-4a*, en M. VERVENNE - J. LUST (ed.), *Deuteronomy and Deuteronomistic Literature* (BETHL 133), Fs. C.H.W. BREKELMANS, Leuven 1997, 367-389, esp.386-387, donde se indican y estudian las mencionadas semejanzas.

³ A. WÉNIN, a.c. (nota 1), p.10-11.

⁴ V. MORLA ASENSIO, *Interpretación literaria de Gen 22*, en F. GARCÍA LÓPEZ - A. GALINDO GARCÍA (ed.), *Biblia, literatura e iglesia* (Biblioteca Salmanticensis Estudios 169), Salamanca 1995, 63-82, esp.79.

relato desconoce abiertamente. De nuevo Abraham emprende una marcha similar a la de Gn 12; en este caso, acompañada de la dramática petición de Dios: ofrecer en sacrificio a su hijo Isaac. Marcha que en su comienzo se presenta como una especie de objeto punzante que perfora el corazón del patriarca. A éste, además, no le comunica Dios el verdadero motivo y la auténtica finalidad de lo que acaba de comenzar. De ahí que el suyo sea un caminar en dirección a un lugar y a un mundo completamente desconocidos⁵.

De ahí que se puede afirmar que Abraham es un personaje recordado en Israel por haber vivido su existencia en continua apertura a un incierto y arriesgado futuro, tras haber dejado atrás el pasado vivido. El patriarca es una viva imagen de la figura bíblica del que parte sin retorno. Así, para Abraham y para otros personajes bíblicos la verdadera vida es la que está más allá del mundo conocido; quien arriesga todo y se pone en camino, sin saber qué le espera en él, vive la existencia en plenitud. Una imagen distinta a la de Ulises y otros héroes griegos, para quienes la finalidad última del ponerse en camino y vivir la aventura de la vida es regresar a la propia casa, volver al lugar conocido.

El héroe de Troya y el padre de los creyentes comprenden, pues, el sentido de la existencia de dos maneras distintas. Son, sin embargo, dos maneras que no se excluyen entre sí. Por eso, no es tan importante decantarse y optar únicamente por uno de los dos modelos propuestos, pues, al fin y al cabo, ambos personajes revelan que la aventura humana es un largo itinerario, y que lo importante en la vida es, precisamente, ponerse en camino⁶.

El que peregrina a Compostela puede vivir la plenitud de la vida, la plenitud de su aventura del mismo modo que Abraham y Ulises: poniéndose en camino. Es cierto que, cuando éste termine, volverá a la vida cotidiana, volverá, como Ulises, a lo conocido. Es cierto, sin embargo, que, durante su caminar, su existencia se parece en gran manera a la de Abraham: incierta, desconocida, abierta a la continua novedad.

Bendición es el último término elegido para titular este apartado que está cerca de su conclusión. En Gn 12,2-3 Dios se dirige a Abraham en estos términos: *te bendeciré... bendeciré a quienes te bendigan... en ti serán benditas todas las familias de la tierra*. Cinco veces aparece en los citados versículos la raíz hebrea *barak* (bendecir), que significa “fuerza de la descendencia, del crecimiento, del éxito... Te bendeciré es el pilar y el fundamento de la fecundidad que alcanzará a los descendientes de Abraham”⁷.

Por otra parte, junto a esta referencia Gn 12,2 señala que Dios engrandecerá el nombre de Abraham. Ello no debe entenderse sin tener en cuenta el conocido episodio de la Torre de Babel, narrado en Gn 11,1-9. En Gn 11,4 los habitantes de Babel quieren hacerse famosos, quieren pasar a la posteridad, quieren *hacerse un nombre*. Pues bien, el nombre que les concede la gloria no es otro –eso es precisamente lo que significa Babel- que el de la confusión, la vergüenza⁸. No ocurre lo mismo con Abraham, personaje en claro contraste con el de los constructores de la citada Torre, cuyo nombre nada tendrá que ver con el anterior, pues será engrandecido y magnificado.

La bendición y el engrandecimiento del nombre aparecen relacionados tanto en este pasaje bíblico como en otros del Antiguo Testamento; en todos ellos, es la mutua conexión de ambos la que expresa su sentido. Gn 12,3 significa sobre todo que *todos*

⁵ J.L. SKA, *Gn 22,1-19. Essai sur les niveaux de lecture*: Bib 69 (1988) 324-339, esp.327-329.

⁶ J.L. SKA, *Abrahán y sus huéspedes*. El patriarca y los creyentes en el Dios único (El mundo de la Biblia 3), Estella (Navarra) 2004, 18-20.

⁷ C. WESTERMANN, *Genesis 12-36* (BK I/2), Neukirchen 1981, 172.

⁸ J.L. SKA, *Il libro sigillato e il libro aperto*, Bologna 2005, 269-275.

*podéis ser benditos como Abraham, y todos podéis llevar el nombre bendición*⁹. Y podéis ser benditos, felices, fecundos, gracias precisamente a Abraham, quien con su marcha en la dirección señalada por Dios permite que la bendición de Dios alcance la realidad de los humanos. Gracias al patriarca, éstos reciben el nombre bendición y las implicaciones que ello conlleva (prosperidad, descendencia, vida)¹⁰. Abraham recibe en forma de promesa un gran don, y ni lo retiene ni se queda con él; al contrario, lo transmite a las generaciones siguientes, que se benefician también del citado don.

Algo similar les ocurre a muchos caminantes que peregrinan a Compostela. Durante su marcha reciben algunos dones de gran valor: cercanía a las personas, cercanía al mundo de los pobres, apertura a la trascendencia, apertura al autoconocimiento y a la capacidad de sufrimiento y superación¹¹. Lo interesante de ello es que la misma peregrinación produce en muchas ocasiones un movimiento similar al de Abraham, que incluye dos aspectos complementarios.

Por un lado, ya durante el camino son muchos los caminantes que no se guardan para sí la bendición que reciben y los dones que les son entregados. No, no los envuelven y los colocan en el fondo de sus mochilas, sino que los comparten con sencillez, generosidad y gratuidad con otras muchas personas que realizan la misma marcha. Ello hace posible que entre todos se establezcan unos profundos vínculos, que perduran no sólo durante el tiempo que dura el Camino, sino durante la vida que viven después.

Por otro, ya de regreso a la vida cotidiana, el caminante puede también hacer partícipe a los suyos de todo cuanto le ha sido dado y entregado durante las largas jornadas recorridas. Es éste ciertamente un signo de esa transformación que el Camino opera en los caminantes, cuyos frutos se disfrutan en el *post-Camino*¹².

“Por la fe vivió como extranjero en la tierra que se le había prometido” (Heb 11,9)

Si hay algo que quiere poner de relieve el Nuevo Testamento respecto a Abraham es su fidelidad a la promesa anunciada. No extraña entonces que tanto la cita que abre este apartado como otras de dicho Testamento resalten este aspecto del patriarca, quien, en palabras de Pablo, es *el padre de todos los creyentes que no están circuncidados para que también a ellos les sea concedida la salvación* (Rom 4,11).

No es, sin embargo, nuestro interés rastrear este aspecto en los evangelios, cartas y otros escritos neotestamentarios. Es, más bien, realizarlo en los textos del Génesis anteriormente mencionados y en otro de dicho libro, muy conocido también: Gn 15,6. Ello puede ayudar a recordar y mencionar un importante elemento que caracteriza la vida del patriarca y que puede caracterizar igualmente la de muchos de los que se dirigen a Compostela: el hecho de que se puede vivir el camino confiando en el Dios que envía e invita a caminar.

Si se entiende en su sentido fuerte la prueba a la que Dios somete a Abraham (el primero le pide al segundo que le entregue a su hijo), podría haber motivo para considerar a Dios como un ser sádico. Al fin y al cabo, Isaac representa para su padre

⁹ J.L. SKA, a.c. (nota 2), p.384-385.

¹⁰ A. WÉNIN, a.c. (nota 1), p.12-15.

¹¹ Véase F. REVILLA, *Caminos que marcan*, www.pastoralsj.org

¹² De éste y otros aspectos se ocupa el artículo de este número de Antonio Allende Felgueroso.

algo tremendamente importante (Gn 15,4; 17,15-21; 18,9-15; 21,2-7): se trata de la promesa de un hijo para alguien que ha abandonado todo por Elohim¹³.

Pues bien, a la orden de Dios (*toma a tu hijo, tu unigénito, que tanto amas*) le sigue una respuesta silenciosa de Abraham, que cumple lo que Dios le ha mandado, pues se fía únicamente de la palabra del que se lo manda. Silencio y fe en Dios caracterizan entonces la respuesta de Abraham, que se pone en camino muy de madrugada en dirección a Moria, un lugar desconocido.

En su camino, el patriarca tiene la posibilidad de elegir en plena libertad. El viaje que emprende está también cargado de dudas e incertidumbre: ¿qué es lo que conviene hacer? ¿qué hacer y dónde colocar la tentación de volver atrás?

Llegado el momento de la gran decisión para Abraham (atar a su hijo Isaac y colocarlo sobre el altar; Gn 22,9-10), el relato se ralentiza al máximo: “la escena es más objetiva que nunca y únicamente los gestos cuentan, haciendo visible la determinación de un Abraham ya totalmente mudo”¹⁴. Inmediatamente después, cuando Abraham está a punto de llevar a cabo la orden divina entendida en su sentido más exigente, interviene el mensajero de Dios, y llama nuevamente a Abraham. Un Abraham que es capaz de oír otra vez la llamada de Dios y, sobre todo, de escuchar en una ocasión más a aquél que le ha pedido un imposible.

El final del relato (Gn 22,13-19) muestra, entre otras cosas, “cómo la prueba a la que ha sido sometido Abraham revela que es un creyente auténtico, sobre todo porque ha rechazado conservar para sí el don de Dios... Por eso es probable que lo que Dios ve en Gn 22,14 de manera duradera no es otra cosa que la fe de Abraham y su temor de Dios”¹⁵.

Dos textos más del libro del Génesis destacan igualmente alguno de los aspectos anteriormente indicados.

Mencionamos de nuevo Gn 12,1-4. Como se ha señalado precedentemente, Dios ordena a Abraham dejar su tierra y su parentela y marchar en dirección a una tierra desconocida y prometida. Se trata de una aventura que Abraham acepta, apoyado únicamente en la palabra de Dios, apoyado únicamente en la fe y en la confianza en éste. Ahora bien, se trata igualmente de una confianza que es respuesta a la confianza previa de Dios en su patriarca: “en rigor, debería decirse que la confianza precede a Abraham. Al dirigirle la palabra, el Señor le muestra la confianza hasta el punto de atreverse a poner en sus manos su sueño de bendición para todos. Así pues, confianza que llama a la confianza”¹⁶.

Gn 15,1-6, y en particular Gn 15,6 (*creyó Abraham al Señor, y el Señor lo anotó en su haber*), subrayan este aspecto indicado por Gn 12,1-4, y presentan otros más. Al fin y al cabo “este texto tan central en la historia de Abraham y en el Pentateuco, y un texto tan relevante en su itinerario espiritual... no es una mera continuación de las promesas de Gn 12-13, sino un replanteamiento y profundización teológica de dichas promesas”¹⁷. Una de las razones de su centralidad es el hecho de relacionar dos importantes sustantivos: la fe y la justicia

A lo largo de la historia, se han propuesto distintas interpretaciones de Gn 15,6. Unas se han inclinado por hacer de Dios el sujeto de la segunda parte del versículo; un ejemplo

¹³ A. WENIN, *Isaac ou l'épreuve d'Abraham*. Approche narrative de Genèse 22 (Le livre et le rouleau 8), Bruxelles 1999, 51-52. Numerosas afirmaciones que hacemos sobre Gn 22 se apoyan e inspiran en este libro.

¹⁴ J.L. SKA, a.c. (nota 5), p.325.

¹⁵ A. WENIN, o.c. (nota 13), p.75-81.

¹⁶ A. WENIN, a.c. (nota 1), p.11.

¹⁷ F. GARCÍA LÓPEZ, *El Pentateuco* (Introducción al Estudio de la Biblia 3a), Estella (Navarra) 2003, 103-104.

de esta propuesta es la traducción aquí reproducida, tomada de la Biblia de *La Casa de la Biblia*. Otras, en cambio, han optado por hacer de Abraham el sujeto de la mencionada parte. Nos parece más razonable esta última propuesta. De ahí que preferimos entender Gn 15,6 de este modo: Abraham creyó firmemente en Yahveh y esta creencia firme se manifiesta en la consideración de la descendencia como signo o expresión de la gracia de Dios¹⁸.

De ese modo, y teniendo en cuenta los versículos precedentes (Gn 15,1-5), se interpreta la justicia como la promesa de una descendencia: Dios concede esperanza y futuro a un hombre, Abraham, que no los espera ya. Lo importante es entonces la reacción y la respuesta de Abraham a dicha promesa: cree y pone su fe en ella, de tal manera que funda su existencia en el futuro que Dios le ofrece y regala, y que, sin embargo, no conoce. Así es Abraham, el justo, el creyente, el que precisamente se va a poner en camino.

Señala Félix Revilla en el artículo anteriormente mencionado, que “el camino es un gran viaje interior que ayuda a conocerse y a sentir los propios límites... Es también una experiencia de gran libertad por la vía del desprendimiento, que facilita el encuentro con Dios”. Es, añadiríamos nosotros, un viaje en el que el caminante puede oír una vez más la voz del Dios que se dirige a él, y que le anuncia que algo grande e importante le va a suceder a lo largo del largo y duro camino que va a recorrer. Un anuncio fundamentado únicamente en la confianza de Dios en el caminante, y cuyo contenido no se le desvela a éste en el momento en que se le invita a iniciar la marcha en dirección a Compostela; será probablemente el camino el que irá dando a conocer progresivamente dicho contenido. Anuncio, sin embargo, al que el peregrino puede responder, mientras camina, con fe y confianza, confiado únicamente en que la vida y la esperanza de Dios, su justicia, llegarán. De ese modo, el caminante puede dirigirse a la bella región de Galicia, recordando al ilustre patriarca del Génesis, que supo unir durante su existencia dos elementos no fáciles de reconciliar: andar y caminar / creer en Dios. De ese modo, y parafraseando alguno de los textos bíblicos mencionados, puede caminar a Compostela *creyendo en Dios y considerando justicia lo que Dios le anuncia y promete*.

Abraham, padre de los creyentes y *patrón* de los caminantes

Las tres religiones monoteístas de nuestro mundo (judaísmo, islam y cristianismo), fundadas por Moisés, Mahoma y Jesucristo respectivamente, consideran a Abraham como su antepasado común, y lo caracterizan con distintos rasgos particulares. Así, para la tradición judía el patriarca es el observante fiel de la ley (incluso antes de que la proclamara Moisés), es el garante de la salvación de sus descendientes y el primer misionero de la fe en un Dios único. Por su parte, el Nuevo Testamento presenta a Abraham como el creyente modelo y el padre ejemplar. Para el Corán, Abraham es el prototipo de la religión musulmana, pues anticipa la misión de Mahoma; es también el primero a quien le fue revelado el monoteísmo; por último, es el que está en La Meca y llama a los fieles para que peregrinen a dicho lugar¹⁹.

Señalaba al comienzo de estas páginas que no he cumplido todavía el sueño de peregrinar a la ciudad compostelana. Por lo que me cuentan otros que ya lo han realizado, parece que la mayoría de los peregrinos que allí se encuentran son de tradición cristiana. No sé si encontraré personas de las tres religiones monoteístas

¹⁸ F. M. OEMING, *Ist Genesis 15, 6 ein Beleg für die Anrechnung des Glaubens zur Gerechtigkeit?*: ZAW 95 (1983) 182-197.

¹⁹ Una mayor información sobre estos aspectos puede verse en J.L. SKA, o.c. (nota 6), p.21-86.

anteriormente mencionadas cuando finalmente me dirija a Santiago. Ahora bien, lo que sí espero es poder encontrar peregrinos que afirmen tener como patrón al patriarca Abraham, caminante entre los caminantes.

No hay en absoluto en mi anterior afirmación un deseo de poner en duda el patronazgo de Santiago el apóstol, referencia entre las referencias para todos los que peregrinan a Compostela. Mucho menos de polemizar con nadie por este asunto. Sí hay, sin embargo, un intento de poner de relieve la figura de Abraham, el gran patriarca de Israel, que puede ser referencia para muchos caminantes. Sobre todo, por las virtudes ya destacadas en este artículo (su ser aventurero, pleno, bendito, creyente y justo), y por una última, que detallamos a continuación.

Afirma André Wénin que hay una constante en los relatos fundadores del Génesis (Adán y Eva / Caín y Abel): tanto los dos primeros como el hermano de Abel se alejan de los lugares de maldición y de muerte y se dirigen hacia el este, donde nace el sol, al lugar donde la vida renace. Lo hacen acompañados por la muerte, que parece pisarles los talones. En cambio, con Abraham sucede el movimiento contrario: desde Ur en Babilonia se dirige hacia el oeste, y, dejando atrás los caminos de muerte, llega hasta Canaán, allí donde su padre no pudo llegar. Parece como si la figura de Abraham hiciera de contrapeso a las de Adán y Eva y Caín: el patriarca pasa y visita los lugares de muerte, situados más cerca del este, para transformarlos en lugares de vida, antes de llegar, siempre en dirección oeste, a su meta definitiva: la tierra de Canaán²⁰.

Los que caminan a Compostela siguen normalmente la ruta este-oeste. Salgan de Navarra o partan desde alguna localidad europea, su recorrido está normalmente marcado por la dirección señalada. Por eso, siempre que emprendan la marcha pueden acordarse de Abraham, modelo de referencia, patrón de los que caminan a Finisterre, y recibir durante sus etapas tantas bendiciones como recibió el patriarca cuando se dirigió *al final del mundo* (Canaán). Además, caminando desde el este hasta el oeste pueden igualmente experimentar que muchos de *los lugares de muerte* por los que caminan (encuentro con sus propias inseguridades, sus miedos, vida a la intemperie, sin comodidades, sin planes ni seguridades, soledad) pueden convertirse en lugares de vida y plenitud. De ese modo podrán también vivir en plenitud el binomio camino-fe en la promesa recibida, a la vez que escuchar, en silencio y con paz, las conocidas palabras del Génesis *madrugó Abraham y marchó como le había mandado Yahveh*.

²⁰ A. WÉNIN, a.c. (nota 1), p.16-17.